

Capítulo LXIII.

Los rebeldes.

Recibióles Diego Colón con su acostumbrada afabilidad.

—Venimos á quejarnos,—le dijeron,—de la triste situación á que nos tienen reducidas las órdenes que habeis dictado.

—¿Qué quereis?—preguntó Diego.

—Después de lo mucho que hemos sufrido,—dijo Roldan,—hemos trabajado con ansia para la conclusión de la carabela, creyendo que una vez terminada y botada al agua nos serviría para llevar á España á los enfermos, noticiar al gobierno nuestro triste estado, pedir recursos y mejorar de suerte. Pero no ha sido así. La carabela ha hecho un viaje satisfactorio, ha regresado con el tributo de Xaragua, y en vez de permanecer á flote, ha sido por orden vuestra condu-

cida á la playa, lo que quiere decir que estais resuelto á que la colonia sea un cementerio.

—Os engañais, Roldan,—dijo Diego.—Si á costa de mi vida pudiera mejorar vuestra condicion y la mia, la sacrificaría gustoso, porque sé que de este modo complacería á mi hermano el almirante, y complacerle es mi único deseo. Yo sería el primero que dispondría la partida del buque para la metrópoli si tuviera las condiciones necesarias para emprender tan largo viaje. Pero carece de ellas, no tiene arboladura. Autorizar el viaje equivaldría á sentenciar á sus tripulantes á perecer desastrosamente en el fondo del mar.

—Difícil es la costa que ha recorrido, y sin embargo ha salvado todas las dificultades.

—Pero no es lo mismo navegar por una costa que atravesar el Océano.

—De cualquier modo, la responsabilidad no sería vuestra.

—¿Cómo quereis que yo condene á una catástrofe á los que considero como hermanos míos? Tened paciencia; soportad con resignacion los sacrificios que el deber os impone.

—Hace ya mucho tiempo que esperamos.

—Servís á vuestro rey, á vuestra patria,—contestó Diego.

—Decid más bien,—exclamó uno de los más audaces,—que servimos al almirante, que os servimos á vos.

—Si la desesperacion no disculpara hasta cierto

punto ese lenguaje, no mereceríais siquiera que os contestase.

—Lo cierto es que el almirante hace ya mucho tiempo que partió y no vuelve.

—No será por su causa.

—Desde que llegaron las embarcaciones al mando de Pedro Alonso Niño, no ha vuelto ninguna otra.

Carecemos de víveres, no tenemos buques, y si los informes del investigador Aguado han prevenido á los reyes en contra del almirante, y le han hecho caer en desgracia; si han llegado á convencerse de lo estériles que son los sacrificios que se hacen en este ingrato suelo, ¿no pueden muy bien abandonarnos por completo?

—No lo creais: si la calumnia hubiera triunfado, que no habrá podido triunfar, los reyes se hubieran apresurado á enviar embarcaciones para que regresáramos á España.

—¿Y si las han enviado y se han perdido?

—Se hubiera sabido el siniestro, y aun á costa de los mayores sacrificios habrían enviado una nueva escuadra para sacarnos de aquí.

—La prudencia aconseja que enviéis una de las dos carabelas, al ménos, á dar cuenta en España de nuestro triste estado.

—Eso dé ningun modo.

—Pues bien; en ese caso,—dijo Roldan, resuelto jugar el todo por el todo,—permitidme que os hable con franqueza. En vano tratáis de alucinarnos.

Vos y vuestros hermanos aspirais seguramente á hacernos víctimas de vuestras intrigas.

—¿Qué decís?

—No me retracto; y si no dais la orden de que parta la carabela, es porque temeis que los que en ella van os acusen. Los que no son culpables nada temen.

—Callad y retiraos.

—Es que...

—Dad gracias á que conozco y deploro lo angustioso de vuestra situacion, y que atribuyo, más que á desobediencia, á hondo pesar la causa que os mueve á hablarme de esa manera desmedida. Podria castigaros, pero os perdono. Emplead esa fuerza, ese vigor en sufrir con resignacion los padecimientos de que todos participamos.

Todos se retiraron murmurando, y Diego, que comprendia por la actitud de Roldan su pensamiento, careciendo de la suficiente energía para asustarle y contenerle, en cuyo caso habria sofocado la rebelion, creyó que lo que debia hacer era separarle de sus amigos, y al efecto le mandó á llamar.

Era ya tarde.

Roldan, despues de separarse de Diego, habia hablado á sus prosélitos.

—Al fin son extranjeros los Colones,—les dijo,—rebelémonos contra su dominacion; arrebatemos de sus manos las riendas del gobierno, y si, como presumo, nos han dejado abandonados, apoderándonos de la isla viviremos en ella algun tiempo en sabrosa

paz, servidos por los indios, y atesorando el oro suficiente para poder enriquecernos y fabricar las carabelas necesarias para abandonar estas tierras y regresar á cualquier punto de Europa donde podamos disfrutar de nuestro tesoro.

Estas brillantes esperanzas sedujeron á los incautos y á los descontentos, y todos juraron obedecerle.

Por fortuna de la buena causa, no eran todos los habitantes de la colonia, y especialmente los que defendian los puertos militares, los que pensaban de esta manera.

Como hemos dicho, Diego llamó á Roldan.

—Tengo que comunicaros una orden importante,—le dijo;—se trata de salir á la Vega para atemorizar á algunos indios que se niegan á pagar el tributo, y esta mision no puede desempeñarla más que un hombre de toda mi confianza. Pero necesito que antes me asegureis que las palabras que habeis pronunciado hoy mismo en mi presencia han sido dictadas por el despecho y que me jureis fidelidad.

Roldan vió en aquella proposicion una gran facilidad para la realizacion de sus planes.

Acudiendo á su habitual hipocresía, manifestó al almirante que si le habia hablado de aquel modo habia sido instigado por sus amigos, pero que podia estar seguro de su lealtad.

—En ese caso voy á poner á vuestra orden cuarenta hombres, y esta misma tarde partireis á la Vega.

Roldan designó á los que debian acompañarle.

Fué, en efecto, á desempeñar la comision que le habia confiado Diego, y una vez en la Vega, en lugar de amedrentar á los indios procuró coligarse con los caciques, se puso de su parte, asegurándoles que tenian razon al no querer pagar el tributo, acusó de tiránica la dominacion del almirante y de su hermano, y les ofreció, para que le ayudasen en su empresa, dulcificar su suerte, si, como esperaba, se ponía al frente de la colonia.

No tardó en adquirir la seguridad de que los soldados que le acompañaban, y los caciques con los vasallos de sus tribus le ayudarian en su empresa, y contando con estos elementos se encaminó de nuevo á la colonia seguro de que no tardaria en apoderarse de ella con la cooperacion de los muchos colonos partidarios suyos.

Al dirigirse á la Isabela supo que habia llegado el adelantado, pero sin mucha gente, porque la habia dejado en Santo Domingo.

Bartolomé era más temible para él que Diego.

Pero contaba con muchos recursos, y no temió en arrostrar su indignacion.

Le mandó una comunicacion suplicándole que fuera á celebrar con él una entrevista á las inmediaciones de la Isabela.

Acudió, en efecto, á la cita, porque tenia noticias de su actitud y queria con su energia cortar el vuelo que le habia hecho tomar la debilidad de su hermano.

Roldan le manifestó que habia hecho lo posible para obligar á los caciques á pagar el tributo, pero que éstos habian pedido próroga al negarse á satisfacerle.

Resuelto como estaba á obedecer las órdenes de Diego, procuró ver si sus soldados estaban dispuestos á obligar á los caciques á cumplir por fuerza con sus deberes.

Pero todos se mostraban reacios y aseguraban que si no partia á España una de las carabelas desobedecerian por completo á todos sus jefes.

—Por el contrario,—añadió,—si consentís que la carabela zarpe, mis soldados se comprometen á botarla al agua.

Bartolomé contestó con una profunda negativa.

—Ni vuestros soldados saben las maniobras necesarias para votar al agua el buque, ni yo puedo consentir que una carabela de sus condiciones haga un viaje tan largo. De consiguiente, aseguradles en mi nombre que la carabela permanecerá donde está, y que si no obedecen haré con ellos un ejemplar castigo.

—Por mi parte,—dijo Roldan,—emplearé toda mi influencia; pero la creo inútil.

—Pues empleadla,—dijo Bartolomé,—porque os conozco demasiado, sé los proyectos que abrigáis, y el primero que sufrirá el castigo sereis vos.

Y sin decir más se separó de Roldan.

Notando éste que habia traslucido sus designios, y comprendiendo que no eran bastante firmes sus ami-

gos de la Isabela para resistir la influencia del adelantado, resolvió buscar otro paraje más seguro para dar principio á la insurreccion, fundándola en el despotismo del adelantado.

Contaba con sesenta hombres armados y aguerridos, confiaba en que se agruparian bajo su bandera otros sesenta más de todos los descontentos de la isla.

Su plan fué sorprender el fuerte de la Concepcion, apoderarse de él, captarse la amistad de los caciques de la Vega eximiéndoles de pagar el tributo, y no dudaba que en posesion de aquel punto estratégico, y ayudado por los naturales del pais, podrian desafiar impunemente las iras del adelantado.

Como los españoles estaban diseminados en muchas de las aldeas indias, tanto para vigilarlas como para restablecerse de sus enfermedades, fué recorriendo todas á fin de hacer prosélitos.

Al mismo tiempo que á los españoles, catequizaba á los indios.

Engrosadas sus filas hizo un tratado de alianza con uno de los caciques más poderosos, que habiéndose convertido al cristianismo habia tomado el nombre de Diego Marqués, en cuya poblacion estableció Roldan su cuartel general.

Era un gran punto, por estar muy próximo á la fortaleza de la Concepcion.

Mandaba las fuerzas de este punto el capitan Miguel Ballester, hombre experimentado y valeroso.

Apenas se acercó Roldan á la fortaleza, se encerró en ella dispuesto á defenderla á toda costa.

No se desanimó Roldan.

Dirigiéndose á la ciudad en donde habia tenido su palacio Guarionex, conferenció con el capitán García de Barrantes, que estaba en ella al frente de treinta soldados para guarnecerla.

Al acercarse imitó este militar á Miguel Ballester.

Se encerró en el palacio del cacique, no permitió á su tropa trato de ningun género con los descontentos, y desoyó las súplicas y las amenazas de Roldan.

Desesperado éste, le amenazó con incendiar la casa.

Los rebeldes se opusieron á ello, porque García de Barrantes era muy querido á causa de su valor y su noble carácter.

Roldan se apoderó de los víveres que habia en la ciudad y se encaminó al fuerte de la Concepcion, dispuesto á apoderarse de él.

Capítulo LXIV.

Negociaciones de Bartolomé Colon con los rebeldes.

La noticia de la insurreccion capitaneada por Roldan llegó instantáneamente á conocimiento del adelantado.

Su primer pensamiento fué perseguirlos, darles una batalla y castigarlos.

Pero desconfiaba de la lealtad de sus soldados, y por otra parte ignoraba si la conspiracion tenia ramificaciones en toda la isla.

No tardó en saber que Adrian de Mogica y Pedro de Valdivieso, personas de alto linaje, que desempeñaba cargos importantes, se habian coligado con Roldan.

Diego de Escobar, capitán del fuerte de la Magdalena, estaba tambien á su lado.